

Porque te callo, amor; porque te callo

ÓSCAR SÁNCHEZ ALONSO (*)

«**E**L amor es como el fuego, que si no se comunica se apaga». Ése es el proverbio que acompaña a la antología poética que Luis María Anson acaba de publicar.

Parece justo recordar que la poesía ha sido vehículo privilegiado —quizá canal por excelencia— para la transmisión del amor; al igual que éste ha sido —para lo poético— su fuente continúa de ingenio.

Ahora bien, vayamos por partes; ni la poesía se reduce al verso; ni el amor, para sentirlo, hace falta siempre que se cuente, ni que se diga... ni que se hable.

El proverbio al que nos referíamos está muy bien —por tanto— como máxima, como aforismo... pero quizá no sea del todo cierto. Hay amores incommunicados, amores autistas, amores que no se dicen... y tampoco hay forma de apagarlos.

De poco sirven los bomberos cuando el corazón ya está que prende; de nada sirve un extintor cuando el pulso echó ya a arder.

Hay amores llenos de vigencia, por muy silenciosos que aguarden; y hay amores perdidamente encendidos, aunque el destinatario o la destinataria de aquellas lumbres y llamas no llegue, jamás, a *escuchar* ese calor.

Puesto que el amor nunca precisó de palabrería, para querer sobra a veces el sintagma. Sí es cierto —sin embargo— que existen innumerables formas de comunicar; y resulta del todo imposible que no *hablemos* ciertas cosas. Puede que no las expresemos con palabras, puede que ni siquiera abramos la boca... pero cuestiones hay que se transmiten sin necesidad de pretenderlo.

Es el secreto —indescifrable— de la comunicación



que no es verbal. Para esto del querer —me temo—, no existe —en ocasiones— más idioma que el silencio. No es que calle, luego otorga; es que calla, luego quiere.

Algunos *osados* consideran —incluso— que el auténtico querer prescinde de declararse. Y así lo entiende De Molina. En *Chispas*, don Tirso, lo escribe con desenvoltura: «Calle el alma lo que siente / porque sienta lo que calla, / que amor que palabras halla, / tan falso es como elocuente».

Ni este autor ni los siguientes se encuentran seleccionados por Luis María (en las antologías —por completas que sean— nunca *están* todos los que *son*); pero observemos cómo Benedetti, en sus *Soledades*, llega a medir la distancia: «Hay diez centímetros de silencio / entre tus manos y mis manos / una frontera de palabras no dichas / entre tus labios y mis labios».

Así es el silencio: tan lleno de sigilo que se nos presta a veces misterioso: «(...) y el silencio no sabe, / amedrentado, / imponerle su voz a tanto estruendo».

Estos últimos versos corresponden al granadino José Gilabert Ramos. No es por discutir con este joven poeta, pero pudiéramos —quizá— introducir ciertos matices. Personalmente creo que el silencio sí sabe imponer su voz a tanta desmedida. Lo que ocurre es que ya está harto... y con razón. El silencio debe haberse aburrido de hablar sin que nadie le escuche; de callar sin que nadie le oiga. Atahualpa Yupanqui vio llegado el momento de prescindir de sus servicios: «No necesito silencio / ya no tengo en quién pensar». Y algo muy similar, nos ocurre a nosotros a menudo. Quizá por eso, por creer que ya no nos hace falta, el silencio susurra, en su lenguaje, y nadie atiende a los registros de su voz. Algunos amores hablan, sin abrir jamás la boca; y son aquellos que callan; aquellos de precesión; aquellos que van por dentro.

(*) Periodista y profesor en CC. de la Información